

# Café con leche y churros

Javier Domínguez García



Manifestación en la Plaza de Santa Ana, frente al Ayuntamiento de Las Palmas, por la división de Canarias en dos provincias. Septiembre 1927

¡Qué solemne acontecimiento! Tenerife y Las Palmas a ver si la supremacía futbolística de Canarias era de unos o de otros. El partido de selecciones iba a aclarar la eterna disputa por la supremacía, ahora la futbolística, del Archipiélago. Era a finales del mes de mayo de 1933, en tiempos de la república. Todavía por Las Palmas se oían los ecos del himno a la división provincial, que solo cinco años atrás había reunido una muchedumbre en la plaza de Santa Ana para cantar el himno divisionista:

*“¡Arriba Gran Canaria, abajo Tenerife!,  
si los canarios quieren le dan por las narices...”*

Se preparaba para dicho día en el Campo España el primero de los dos encuentros concertados entre las selecciones, organizados bajo los auspicios de las respectivas Federaciones. En Las Palmas, las localidades se pusieron a la venta en el Quiosco del Parque San Telmo, la Plazuela, Cervecería La Salud y en el Puerto. En Tenerife la Federación fletaba un *correillo* para desplazar a unos 400 acompañantes.

Toda Santa Cruz, vivía la efervescencia del “*match*” pues el “*Tenerife*”, desde aquellas jornadas inolvidables frente al “*Madrid*” y frente al “*Donostia*”, empezó a carburar como equipo compenetrado y completo. Y este año, cuando los muchachos del Deportivo hicieron el primer viaje a la Península, en el campo de Mestalla pusieron cátedra de buen jugar, y aunque sucumbieron luego en Sevilla ante el “*Betis*”, se trajeron para la isla, el convencimiento exacto de que era necesario enlazar la belleza del juego, con la eficacia en la puerta contraria. Acababa de llegar el cuadro blanquiazul de otro periplo peninsular donde había obtenido sonoros triunfos en Madrid, ante el Atlético, y en Barcelona, nada menos que en Las Corts, ante el gran coloso azulgrana, y la ciudad, alegre y bulliciosa salió a recibir a la muchachada deportiva que en los campos peninsulares

supieron, dentro de su modestia y afán, apuntar un tanto emotivo a favor de la isla, cuando acudió toda la afición al muelle a darles un cariñoso y efusivo recibimiento.

En Las Palmas las cosas estaban bastante *embarulladas* y tras la renuncia del señor Gonçálvez, el cargo de seleccionador le fué encomendado a Pepe Álamo, quién hacía entrega en la Federación de la lista correspondiente, en la que todos eran jugadores del Victoria a excepción del delantero centro y defensa izquierda, cuyos puestos iban a ser ocupados por Márquez y Castellano “*el chorizo*”. Los tiempos pasados habían sido mejores, porque la gloriosa furia del fútbol de la isla redonda con sus grandes ídolos, había emigrado a lucirse en los terrenos peninsulares. Los Padrón “*el sueco*”, Oramas, Hilario Marrero, Miguel Gil o Rafael González ya no figuraban en el cuadro insular y la hegemonía deportiva había emigrado a la isla de enfrente.

Alfonso Martín, al que conocían por “*Martinito*” era del barrio del Cabo, por lo que su equipo era el Unión, ahora sin el “*real*” por los tiempos republicanos, herederos del viejo club de la Sociedad de Fomento. *Martinito* era uno más de aquellos hombres que atendían las operaciones de carga y descarga de los *guacales* de plátanos, o la mercancía que llegaba en los barcos noruegos o ingleses, en el muelle de Santa Cruz. Su compañero Pedro Marrero, conocido por “*Perico*”, era del barrio del Toscal, y por lo tanto del Iberia, el cuadro blanquinegro a los que hacía dos años, se les había robado el título de “*Campeón de Canarias*” por los “*carboneros*” del Victoria del Puerto de La Luz, y las influencias federativas de Pepe Gonçálvez. Trabajaba de chófer en los camiones que iban y venían al muelle con carga para los vapores. Los dos estaban muy animados a realizar su primera salida de la isla e ir a presenciar el gran partido de selecciones a Las Palmas.

Ellos, como mucha gente, ya tenían el pasaje comprado, no como otros que lo compraban a pié de



escala en el momento antes de salir. En el *correillo* “Viera y Clavijo” iban a tener su bautizo marino. Llegaron con tiempo suficiente al embarque, provistos de suministros para pasar un día y dos noches fuera de su casa. Allí se juntaron con conocidos y amigos de sus barrios, cargados con garrafones de vino de Tacoronte, carne de fiesta, papas bonitas y chicharros, que unos y otros traían preparado desde sus casas.

Por fin, sonó el último aviso de salida con unos estruendosos y ensordecedores escapes de vapor blanco que salían de la chimenea. Suelta de amarras y el *correillo* inició su separación del muelle muy lentamente. El Viera y Clavijo iba hasta los topes, pero a ellos les parecía un trasatlántico. Unos minutos más tarde ven alejarse a Santa Cruz, entre la conversación general, comentarios, empujones, adioses, y por fin, a bordo rumbo a Las Palmas.

*Perico* y *Martinito*, uno del Cabo y el otro del Toscal, conversaban sobre el equipo que iba a jugar. ¿Qué empeño tenían algunos de que no fueran determinados jugadores del Iberia? se preguntaba

*Perico*, porque sólo había un jugador que no era del “*Tenerife*” en la selección y se habían olvidado de los equipos de los barrios. Es que el “*Tenerife*”, es el equipo de los “*señoritos de las Ramblas*”, le respondía Martín.

Buscan acomodo y logran, por fin un hueco. No es nada cómodo, ¡pero ya lo siquieran muchos! y a la primera hora de viaje, con el suave meneo de la marea, muy calmada, se acurrucaron y pudieron echar una cabezadita. Todavía de noche, al despertar, pudieron ver a lo lejos las luces de Gran Canaria. El destello del faro de La Isleta, cada vez mas reluciente, les anunciaba la inminente llegada al puerto de La Luz. El barco, retrasaba su marcha y demoraba su arribo a los muelles. El motivo de dilatarse en la llegada, se decía era para llegar en horas diurnas. Los ingleses decían “*sun at pole*” cuando el sol daba en un poste en el muelle. A partir de ese momento, el barco podía entrar. La gente portuaria, llamaban “el *Sanapul*”, a la ribera donde estaba ese poste, entre el Parque y el Mercado.

El *correillo* llegaba a primeras horas de la mañana, lleno de aficionados de la vecina capital . Se hacían sentir las folías al fresco de la brisa divisando de lejos la Catedral y el castillo de San Cristóbal. Algunos comentarios entre guasas e ironías, cuando el barco se acercaba al atraque: ¿No eres feliz en el país de “*lan don*”? ¡Fíjate que sucia está el agua del muelle de los de la tierra del *gofio de millo*!.

Poco a poco, la comparsa tinerfeña fue bajando por la escala camino al Parque de Santa Catalina, donde la comitiva hacía la primera parada para cantar, beber y comer. Las papas arrugadas, chicharros asados y carne de fiesta servían para llenar los estómagos vacíos después de los movimientos de la travesía. Algunos entraban en los cafés de la calle Ripoché, donde se reencontraban con amigos y conocidos de la Gran Canaria.

*Martinito* y *Perico* entraron al Bar “*El Rayo*” y pidieron unos cafés. ¡Ahhh, Qué bueno!, comentó *Perico* con el camarero. ¿De donde lo traen ?. De los cafetales de Agaete, le contestó. Muy bueno y fuerte, añadió Martín. En el mostrador observaban calamares secos y *pejines*, ardiendo con el aguardiente, típicos en la tierra del negocio y el sancocho. Algunos grupos entonaban isas y folias o los “*Riqui-racas*”, a sus equipos respectivos.

Ambos amigos, respiraron libremente y se cubrieron la cabeza con unas gorras, remángandose hasta los hombros sus camisetas blancas. A pie, en tartanas y en el tranvía, emprendía la multicolor romería el camino al Campo España, atravesando la playa de las Alcaravaneras, por el empedrado áspero y desigual del firme de la carretera del Puerto. El camino se extendía recto y blanco, intensamente iluminado por el sol, excepto una estrecha faja, formada por la sombra precisa y regular que proyectaban las casas terreras del lado derecho. Al salir de la población dejaban atrás la playa de arena amarillosa, que las olas humedecían una tras otra, con perezosa regularidad, adentrándose en el barrio de los ingleses con sus lujosos hoteles, a izquierda el Metropol y luego, a la derecha, los bellos jardines del Hotel Santa Catalina.

Sonaban la guitarra y la malagueña de la tierra, triste, monótona y soñolienta en la voz agudísima de Soledad, una tinerfeña que acompañaba a un grupo numeroso:

*Ay mi Tenerife  
que bonito estás,  
entre verdes valles  
y el inmenso mar.*

contestada, con ronco acento, que crujía en los aires como un petardo, la voz de maestro Chano :

*De Tenerife las papas,  
de Lanzarote el pescado,  
de Canaria el gofio millo,  
ya está el sancocho arreglado.*

y seguía luego, el canto de uno de los pollos, discípulo de los antiguos trovadores de la ciudad atlántica:

*Canarias son siete islas  
arrulladas por el mar  
siete corazones hondos  
siete coplas y un cantar.*

Así fueron en aires de fiesta hasta llegar al balompédico coliseo de la isla redonda, abarrotado totalmente de espectadores, con la flor y nata de la afición local y gran animación en las gradas. El *Campo España* dispensaba la gentileza de su hospitalidad al contingente venido de la isla del Teide. El calor afectivo de la muchedumbre, en respiros de pasión, caldeaba aún más el ambiente y los testigos de la lucha, hilvanaban sus comentarios sobre los equipos. El encargado del campo, *Salvadorito* con su “*macana*”, ponía orden en la grada del “*morro*”, a rebosar de gente del “*Vitoria*”. En las tribunas, los presidentes, don Pelayo López y don José Martínez. Especialmente invitados, los jefes y oficiales de la escuadra francesa fondeada en el Puerto de la Luz, que con doscientos marinos de las dotaciones, se agrupaban en los graderíos. Mujeres bonitas a cientos. El marco, pues, era espléndido



**La selección tinerfeña, que el domingo ganó a la selección canaria por cinco goals a uno.**

Muy entretenido estuvieron los preliminares del *match*, con unas seis mil cabezas presentes. Los fotógrafos comienzan a disparar sus cámaras cuando saltan al terreno los atletas de los cuadros representativos. Los capitanes ofrecen un precioso ramo a la bella tenista, Acacia Lavedeze que hace el saque de honor, en medio de calurosos aplausos, antes del apretón de manos entre los capitanes, Llombet y Juanito González.

El árbitro don Juan de Armas dá la orden de inicio y se pone el balón en juego por los de Tenerife que provocan un córner y la primera ocasión de peligro. Reaccionan los canarios y primero es Cayol quien defiende bravamente su meta. La afición lo premia con aplausos. Se rehacen los tinerfeños y a los quince minutos obtienen el primer gol por medio de Semán. Más aplausos, más vivas y más voladores lanzados. Intentan la igualada los locales por medio de Tatono y un remate de Márquez que salen desviados, pero marca de nuevo la selección de Tenerife por medio de Rancel, ante la pasividad del meta Pérez, que es silbado. La defensa tinerfeña se muestra segura y desbarata los intentos de los de Las Palmas. Se apodera otra vez Rancel del esférico, y después de sortear con facilidad a los defensores canarios, vuelve a marcar enviando el balón por encima de Pérez, que vuelve a hacer la estatua; y termina el primer tiempo con tres goles de ventaja para los de Tenerife. Empezando la segunda, Las Palmas marca su gol por medio de Márquez de cabeza, pero poco dura la alegría, pues Rancel hace el cuarto y Chicote el quinto. Tras este gol y con la grada abucheando

al portero Pérez, éste se retira, dejando abandonada la portería, aunque vuelve oportunamente para impedir otro nuevo gol de los forasteros. La afición local no se cree la *tollina* recibida de cinco goles, como nunca había ocurrido.

Un espléndido triunfo del fútbol de los blanquiazules jugando más y mejor que los amarillos. En sus jugadas los de Tenerife se dieron la gran vida y cuando llegaban a su puerta, Cayol era un Zamora, pletórico de facultades como nunca, era una pared ante la que se estrellaban los inútiles disparos de los atacantes canarios.

Un triunfo merecido de un señor equipo que empleando el juego raso y corto, alto, de cabeza, o el pase largo, brindó una gran exhibición. El entrenador Cárdenes podía decir que un día trajo a Las Palmas una selección de indiscutidos ases. Mientras, el equipo representativo local adoleció del defecto capital de presentar una defensa floja, descohesionada, junto a su portero y una tarde de desaciertos de los atacantes.

Al fin del encuentro los seguidores canarios cabizbajos se retiraban a sus domicilios, mientras la alegre comparsa tinerfeña se dirigía por la carretera del Puerto al barco que les esperaba en el muelle. Habíase puesto el sol. De las lejanas y azuladas cumbres descendía lentamente una tristeza vaga e indefinible. Era la majestad serena y melancólica del crepúsculo; el aire inmóvil; sin un soplo de brisa, sin un pájaro; el cielo azul pálido, hondo e impenetrable; el mar gris, petrificado, sin una arruga.

Los garrafones de vino de Tacoronte regresaban vacíos y ahora el gonzate se mojaba con ron de Arucas o vino del Monte. Martín y Pedro, con la parranda tinerfeña, se fueron a *beberretiar* al “Bar El Rayo” que tenía unas tapas de tollos de "*aquí te espero*". La alegría se desbordaba con cánticos y folias:

*Tenerife es una iglesia  
y el pico Teide un sagrario  
y en el sagrario se encierran  
los secretos de un canario.*

Eran las diez menos diez y ellos aún en el bar, cuando el *correillo* "La Palma" que salía a las diez, daba sus últimos avisos con la sirena. Dejaron las tapas servidas en la mesa, con una jarra de cerveza muy fría a medio terminar y un cenicero repleto de colillas de amargo tabaco negro. Corrieron muelle abajo y de pronto, un chubasco diluviano pone en fuga al público que acude a despedir a los excursionistas, dejando el cántico de despedida en el aire:

*Ojos que te vieron ir por esos mares afuera,  
¿cuándo te verán volver para alivio de mis penas?*

Llegaron al barco cuando la separación era ya de un metro, más o menos. Desde el borde del mismo muelle hasta la barandilla de cubierta, por donde momentos antes habían subido todos, Martín realizó un lanzamiento, casi suicida; saltó y se aferró heroicamente a uno de los barandales, dándole la mano rápidamente a Perico, que saltó a cubierta con un susto de muerte.

El “La Palma” zarpaba rumbo a la isla de Tenerife. Tras doblar la punta del muelle, en la vuelta a La Isleta, la marea comienza a mecer al *correillo*. La gente salía a cubierta a vomitar, aferrada a las barandillas y exclamando improperios. Emergía la proa en las enormes olas, partiéndolas en dos, se sacudía la espuma y rociaba todo lo que se le ponía a su alcance y la popa levantada. La gente comenzaban a sentir los meneos, proa abajo... popa arriba... babor arriba... estribor abajo... Los olores a aceite quemada, combustible, sudores, mareos, y efluvios de *watercloses*. ¡*AAagh!* Para refrescarse daban un paseo por cubierta que era toda una odisea. Así hasta Santa Cruz, puerto de Tenerife, durante ocho horas y media.

Pasaron la noche como pudieron y a las siete de la mañana del domingo, cuando el *correillo* enfilaba la boca del puerto, las banderas flameaban jubilosas en el alba, mientras suenan en la bahía las explosiones de los voladores. La llegada y atraque al muelle de Santa Cruz de Tenerife se realizó



con toda normalidad, con el mayor regocijo de los pasajeros que, en su casi totalidad, sonreían satisfechos al ver que su pesadilla había terminado.

Ambos amigos contemplaban con asombro las prisas por salir del barco de toda la gente, con el rostro demacrado y ojeroso. Del muelle enfilaron hasta el otro lado de la plaza de Santo Domingo, en dirección al '*Mercado Nuevo*' conocido como la *recova*. La amanecida y el frío los había dejado *esmayados* y el olorillo de la churrería cercana les abrió el apetito. En el lugar coincidían madrugadores panaderos de retirada, con algunos vecinos en busca de churros.

Entraron y encontraron mesa sin ningún problema. Tres o cuatro personas esperaban mirando como daba vueltas a la rueda de churros el maestro especialista. ¿Quién es el último? preguntó Martín, mientras Perico pidió, el café con leche. Se sentaron a desayunar, conversando tranquilamente mientras se iban comiendo la rueda de churros, mojando en los cafés con leche. *Perico* disfrutaba y a *Martinito*, le sabía a gloria. Cuando acabaron y se levantaban de las sillas, Martín se dirige a Pedro y le dice:

**¡ Pa café, el de LanParma y los churros, en la recova!**

Y con la barriga llena, ya en tierra, cansados, con los cuerpos mortificados por los vaivenes del barco, emprendieron el camino a sus casas, alegres por el triunfo y lo bien que lo habían pasado.